

LA MODA ESTOICA

Desde hace algún tiempo –y cada vez más– podemos observar en las redes sociales y en los medios de comunicación una proliferación de citas de los estoicos. Algunos breves posteos en Twitter o Instagram con frases célebres atribuidas a Cicerón, Séneca o Marco Aurelio, entre los más recurrentes. Podcasts en Spotify que nos enseñan, por ejemplo, qué haría un estoico ante las contingencias de la vida. Conferencias en YouTube o artículos más extensos que pretenden profundizar en el pensamiento estoico. La propuesta es variada y en crecimiento.

El estoicismo se nos presenta como una “autoayuda” que muestra un camino a la felicidad, un antídoto ante la angustia y la depresión o una serie de consejos para triunfar en la vida a partir de la disciplina y el desarrollo de hábitos. A simple vista pregonan la autosuperación como medio para tener un buen futuro y como respuesta ante el hedonismo exacerbado de nuestro tiempo. El marketing es interesante: reconocidos políticos, militares y hasta emperadores fueron estoicos.

Pero, ¿alcanzan estas frases sacadas de contexto para conocerlos? ¿Quiénes fueron en realidad los estoicos?

Se trata de una filosofía combinación de panteísmo, immanentismo y materialismo. Su racionalismo moral exagerado los lleva a negar las pasiones. No es suficiente, entonces, dominarlas sino que es menester anularlas o eliminarlas, ya que este es el medio para llegar a la “apatía” (*a*: sin, *phatos*: pasión). El amor queda fuera de toda consideración. Al conseguir la impassividad se logra la felicidad. Por eso en la historia la palabra “estoico” pasó a cualificar a aquel hombre imperturbable que no exterioriza y rechaza sus emociones aún ante la más dura adversidad. “Fuerte y ecuánime ante la desgracia”, define en su diccionario la RAE.

Esta actitud coloca a la persona ante una negación de su propia libertad. Todo debe ser soportado, a tal punto, que ofrecen la opción de la muerte “libremente” elegida como único camino de salida ante el dolor y sin posibilidad de queja alguna.

Detrás de una fuerte justificación del deber, que se muestra heroico, se vislumbra la desesperanza. El “destino” le quita el sentido a un auténtico desarrollo de las potencias humanas ya que no queda otra que aceptar el curso inevitable de los acontecimientos.

En pocas palabras, el ideal de vida que nos presenta la Stoa se convierte, de este modo, en un modelo contrario a la propia naturaleza humana. Es una ética absolutamente egoísta, que busca la autocomplacencia en la virtud por sí misma y no en orden al bien. Esencialmente niega el fin verdadero del hombre como perfección y el amor. Aristóteles, en cambio, le dedicó dos libros a la amistad, que luego serían la base de la doctrina católica de la caridad.